



**H**ACE más de veinte siglos —la pluma de Maraón lo ha recordado— que Séneca, desterrado en Córcega, exclamaba una tarde, tendido frente al mar, suspirando con la mirada dirigida hacia Roma, la ciudad de sus triunfos, o acaso hacia la sierra risueña de Córdoba, donde corrió su niñez: ¡Carere patria intolerabile est! ¡Qué dolor intolerable es vivir fuera de la patria!

¿Cuántos españoles han sentido en los senos del alma la tragedia de esta exclamación? Nuestra historia no está falta en emigraciones y exilios. Unas veces han sido azares de política los que empujaban fuera de las fronteras, otras el deseo de dar colmo a la bolsa de ambiciones distintas: éste ambicioso de almas para Cristo, aquél lanzado en dar a la historia patria páginas de triunfo, el de más allá rijoso de relucientes piedras o de pesados oros.

Pero para todos llega el minuto en que el alma queda a solas consigo misma, el minuto en que lo más puro del sentimiento flota, el minuto en que salta el recuerdo de la madre lejana, de la casa de los mayores, del amigo fraterno, del oficio abandonado y que era ya carne de uno mismo. Y entonces el corazón deja salir el lamento: ¡Carere patria intolerabile est! ¡Cuántos minutos entregados al recuerdo y a la nostalgia han conocido los españoles que hace diez años abandonaron España en la riada final? Porque no hay quien crea que los miles de españoles que cruzaron la frontera en aquellos momentos, tenían todos los mismos sentimientos y su actitud política era uniforme. Estaban los jefes y los engañados, estaban los manchados en crímenes y los arrastrados por la vorágine. Si en todos había pasión, no era por culpa de las ideas, sino a causa de la española sangre que andaba por sus venas.

Los que les habían embaucado cien veces les hicieron creer en un próximo retorno. A los que empezaban a saber lo que era el hambre, les encandilaban los ojos y les excitaban los jugos con una metáfora politicoculinaria: la tortilla española iba a dar la vuelta. Pasaba el tiempo y nada daba la vuelta. Aquellos rojos de circunstancias, rojos descoloridos, empezaron a saber de la amargura del abandono por los hombres que en ellos se habían apoyado

para su miedo personal. Los que pasaron a América supieron de la generosidad y de la nobleza de los pechos hispánicos. Allí encontraron ámbrosios bien dispuestos en los que primaba la caridad hacia el vencido, no la identificación con el político. Pero a todos, tanto los que se quedaban en la vecina Francia, tan ajena e ingrata —¡ay! muerte triste y abandonada de Antonio Machado— como los que cruzaban el mar para levantar sus tiendas en hospitalarios lugares: capital mejicana, antillanas islas, andinas ciudades... a todos les llegaba su momento de invencible nostalgia. ¡Qué desgarrador vivir fuera de la patria! Tan errantes se encontraban que, en trance de buscar —un grupo intelectual de ellos— título para una revista, no hallaron otro mejor que el de «La España peregrina». No había renuncia al nombre de la patria, había sólo el vivísimo deseo de llevarla consigo. Hasta los que pretendían mantener en pie no la realidad de la España trascendida, sino la ficción de un gobierno exilado, caían en la cuenta de que políticamente se iban quedando solos. Claro que confesión tan dolorosa no la hacían los directamente afectados, sino los hombres de inteligencia que en sus filas habían militado. Así Juan Larrea escribía en 1946: «El hecho es que ninguna de las grandes potencias, ligadas a lo que cabe conjeturar, por secretos compromisos, ni siquiera Rusia, ha reconocido al gobierno republicano en el destierro». Y en otra parte: «Ninguna potencia se ha dignado reconocerlo. Prefieren seguir empeñadas en su política de sobrepujanza, peleándose por arrimar cada cual el ascua española a su sardina».

Mientras tanto el emigrado, hombre de la calle y en la calle, desengañado, se dejaba un buen día arrastrar por la querencia y regresaba a la Patria. Así hicieron muchos para los que fué imposible acallar los gritos del alma, que les pedía retornar. Otros se quedaban por no romper los respetos humanos, por «el que dirán», por este orgullo español que nos dicta todo lo bueno y todo lo malo de nuestras acciones. En cuanto pueden unense a la lejana patria por los lazos que sean. Si pasa una embajada extraordinaria allí están ellos, deseosos de conocer nuevas de España. Si es una bandera bicolor la que se iza, allí están sus lágrimas dispuestas a traicionar las bravuconerías de tertulia. Cuando no es seguir —hecho bien significativo— el azar y los azares de la España que quedó, jugando en la lotería oficial. César González-Ruano nos ha contado cómo los emigrados políticos han llevado en su cartera décimos de la lotería española de Navidad: «Un décimo de lotería —escribe— en manos de un español expatriado tiene mucho de llave de una casa de Granada en manos de un arabe sentimental y soñador».

Pero las casas de Granada, de España toda, están abiertas a los que de buena voluntad quieran regresar y habitarlas. Quién podía hacer los honores de huésped con más títulos para ello, claro lo ha dicho, muchas veces desde la prosa oficial, otras con el lenguaje cordial de los mensajes dados al filo de la última noche del año. Así en 1947: «A los españoles alejados de nuestras tierras por meros enconos y resentimientos políticos, brindamos, una vez más, la oportunidad de reintegrarse a la vida y a la comunidad nacional. La Patria les acogerá generosamente en la tierra donde nacieron como a tantos otros que un día equivocados, desarrollan hoy con normalidad sus actividades públicas o privadas, seguros de que el vivir la grandeza y el resurgimiento de la Patria, les compensará con creces el sacrificio de sus enconos o de sus diferencias». Así se dirigía Francisco Franco a los españoles voluntariamente exilados. Nadie puede dudar de la comprensión y generosidad de sus palabras. ¿Durará de por vida la ceguera de aquellos hombres? ¿Verán siempre su regreso condicionado al rencor político? Bien se sabe aquí lo que ha significado su presencia en América, bien se sabe la importancia de su esfuerzo colectivo y de la trascendencia del mismo para el conocimiento y relación de España y América. Pero hay algo más: la ausencia de la Patria. Aquí, la España de todos, que «amamos porque no nos gusta», espera su regreso. Peregrinos se llaman y peregrinos somos nosotros todos, al menos por humanos, y juntos tenemos que andar en romería de pasión y de fe. Así lo decía hace meses un embajador español en América: «Decidlo, amigos, a todos los que forman esa grey numerosa y nostálgica que se llamó a sí misma, en cierta ocasión, «la España peregrina». Decidles que allí, en Compostela, hay un pórtico de la Gloria, labrado en piedras de maravilla, que preside nuestro Señor Santiago, y que espera y espera, bajo el fino manto del orvallo nativo, a que los hombres de la España peregrina vuelvan a entrar bajo él, después de haber encontrado de nuevo su camino, mirando al cielo y a las estrellas».